

CAPITULO X

LOS ÚLTIMOS CARTUCHOS

Si persisten en querer hundir la puerta por ese procedimiento, tendrán que sacrificar quinientos hombres más, porque todos nuestros tiros dan en el blanco.

—¿Quinientos hombres? Lo pensarán mejor—contestó Vladimir—, sobre todo teniendo en cuenta que ignoran si poseemos grandes depósitos de municiones.

—¿No podrían intentar venir por bajo tierra?—insinuó Ivana.

—¿Una mina? ¡No tendrán tiempo de hacerla! Nos libertarán antes... Pero, de todos modos, es posible que piensen hacerla...

Modesto dijo:

—¿Les he servido bastante agua para el almuerzo?

—Sí—contestó Rouletabille riendo—. ¡Ya han servido tus cacerolas para algo!

Y lanzó un suspiro, del que inmediatamente se avergonzó.

—¡Pobre Rouletabille! ¿Tiene hambre?—preguntó Ivana.

—¡Caj! La culpa la tiene Modesto, que se ha puesto a

hablar de almuerzos y de cacerolas... A no ser por eso, no hubiera pensado en semejante cosa. ¿Y usted? ¿No sufre?

—¡No, no!—contestó ella moviendo la cabeza con gran energía—. ¡El olor de la pólvora es muy nutritivo!... Pero estoy inquieta por usted. ¿Es cierto que no tenemos nada, ni un trozo de pan?...

—Hace poco—dijo Rouletabille—nos quedaban dos trozos de bizcocho, pero los he arrojado a esos miserables para demostrarles que no tenemos el hambre. ¿Verdad, Vladimir?

—¡Sí, señor, sí! ¡Ha sido un rasgo heroico!

—¿En qué piensa, Modesto?—le preguntó Rouletabille—. Parece muy preocupado.

—Parece muy preocupado, ¡pero duerme!—observó Vladimir.

—¡No, señor!—replicó Modesto—. No duermo. Pienso.

—¿En qué?

—En que me gustaría hacerles otro guiso distinto al que hemos servido a los señores de abajo...

—¡La idea es buena!—afirmó Rouletabille suspirando—. Pero ¿con qué ibas a hacernos ese guiso, si no tenemos nada?

—¡Oh! ¡A veces basta con muy poco! Yo he visto hacer guisos con diez céntimos de cualquier cosa, de comprimidos de nada, de extractos de cosa alguna alimenticia. Lo cual demuestra que para hacer un guiso no se necesitan alimentos...

—Pero será un guiso que no alimente—dijo Vladimir con desdén.

—¡Qué exigente! ¡Cómo se conoce que acaba de comer!—dijo Rouletabille—. Ese caldo de que habla Modesto, puede ser que no alimente, pero engañará el hambre. ¡Animo, Modesto!

—Estoy buscando, estoy buscando... Y, por de pronto, puedo decirle que no estamos completamente desprovistos de recursos. ¡Nos queda sal!

—¿Sal?

—¡Y pimienta!

—¿Pimienta? Entonces, Modesto, no todo se ha perdido...

—¡Y mostaza!

—¿Mostaza?... ¡Quién se lo figuraba!... ¿No queda nada más?

—Un poco de aceite de oliva.

—¡Oh! Entonces, si no podemos hacer un caldo, bien podremos hacer una ensalada...

—Ya lo había pensado yo... Pero temo que lo que les pueda servir como ensalada sea indigesto...

—¿Qué es?

—¡A fuerza de buscar, he descubierto en un rincón una maceta de geranios!

En aquel momento, La Candeur, que había desaparecido cerca de terminar la batalla, declarando que le horrorizaba el espectáculo de la guerra, se presentó vestido de una manera inesperada. Iba de negro, con una servilleta sobre el vientre que le servía como delantal, y otra en el brazo, que le acababa de dar el tipo tradicional del camarero.

—Las señoras y los caballeros—dijo—pueden sentarse a la mesa cuando gusten.

Rouletabille levantó los párpados como una capota de coche.

—¿Estás loco?—dijo.

Pero Vladimir, que no parecía nada asombrado, ofreció su brazo a Ivana, la cual lo aceptó riendo, como si se prestara a una broma. Y pasaron delante,

—¡Bueno! ¡Echemos detrás!—se dijo Rouletabille—. Ya veremos lo que sucede; pero ¡me parecen demasiadas ceremonias para una ensalada de geranios!

La Candeur guiaba al cortejo. Bajaron un piso, dos pisos. Al pasar frente a la puerta de los alemanes, dijo Rouletabille:

—¡Qué raro! ¡No se les oye! ¿Habrán muerto? ¡Ni tan siquiera piden de comer!

—¡Que nos devuelvan antes Alsacia y Lorena!—exclamó solemnemente La Candeur, que continuaba bajando.

Así condujo al cortejo hasta el cuerpo de guardia. Allí había una mesa admirablemente servida. Las cajas—vacías, desde luego—de provisiones sostenían varias tablas, sobre las cuales había servilletas extendidas, vasos, tenedores y varias botellas con agua clara, todo lo cual imitaba con bastante acierto la realidad.

—¡Si eres tú, La Candeur, quien ha discurrido esta mojiganga, no te lo perdonaré nunca!—exclamó Rouletabille—. ¡Tiene muy mala pata! ¿No te bastaba haber devorado secretamente con Vladimir un bizcocho que robasteis no sé dónde? ¿Y ahora quieres tomarme el pelo? ¿Crees que no tengo hambre? ¡Bandido! ¡Más que bandido!

El otro ni tan siquiera había pestañeado. Cuando Rouletabille acabó de regañar, se volvió hacia Modesto y le dijo:

—¡Sirva el biftec con patatas al señor!... ¡Rápido! ¡El señor tiene prisa!

Y Modesto se fué, subiendo los escalones de cuatro en cuatro. La Candeur, encarándose con Rouletabille, le dijo tranquilamente:

—¡Qué impaciente está el señor! ¿Ha andado mucho? Le conviene descansar y reponerse. ¡Le advierto que no

se trata de un caso nuevo en el hotel de los Extranjeros! Aquí se llega siempre con gran apetito... Estamos acostumbrados a casos como el del señor... Pero haremos todo lo posible para que el señor quede contento y se convierta en un parroquiano. ¿Quiere sentarse?

Vladimir ya estaba sentado. Y luego de haberse metido una punta de la servilleta entre el cuello de la camisa y la carne, enjugó su vaso y esperó muy serio el primer plato, armada la diestra de cuchillo y la izquierda de tenedor.

Rouletabille miró a Vladimir, volvió a mirar a La Candeur y murmuró:

—Pero ¿a qué viene tanta monserga?

Sin embargo, acabó por sentarse. Ivana sentóse a su lado. Y un pesado silencio reinó en la sala.

Poco después exclamó Rouletabille, furioso:

—¡Esto ya pasa de castaño oscuro!

Pero no siguió adelante. Un olorcillo de los más halagadores venía de la escalera al mismo tiempo que Modesto, el cual se presentó llevando una sartén donde todavía chirriaban, en un aceite bien oliente, trozos de carne que ¡vive Dios! se parecían mucho a verdaderos biftecs...

Rouletabille se levantó con emoción indescriptible y preguntándose en voz alta si aquello era un sueño.

—¡Sirvale el biftec al señor!—gritó La Candeur triunfalmente.

Hubo biftec no solamente para Rouletabille, sino también para cada uno de los felices comensales. Los atacaron sin pensar en pedir explicaciones. ¡Eso para luego! ¡Lo primero era comer! Y los biftecs fueron reconocidos como algo admirable. ¡Nunca jamás los habían comido tan sabrosos!

—¿Qué? ¿Está contento el señor?—preguntó La Candeur a Rouletabille, que se limpiaba su intento de bigote luego de haber hecho desaparecer el último trozo.

—¡Ay, La Candeur!—repuso Rouletabille, que le tomaba gusto a la comida—. ¡Gran desgracia es que luego de anunciarnos un biftec de patatas nos sirvas un biftec sin ellas!

—¡Ingrato!—exclamó donosamente Ivana, que, por su parte, también hacía honor a la comida.

—¡Las patatas fritas del señor!—anunció La Candeur con voz estentórea.

Modesto, efectivamente, bajaba de nuevo con la sartén, que cantaba una canción agradable para los hambrientos: ¡la canción de las patatas fritas!... Eran doradas, brillantes de aceite, bien cortadas, bonitas a más no poder.

—La casa pide perdón a su distinguida clientela—explicó La Candeur con petulancia—por no haber servido las patatas al mismo tiempo que los biftecs. Ha sido imposible, porque la casa sólo dispone de una sartén y es preciso que los biftecs se sirvan muy calientes, ardiendo. También pide perdón la casa por no tener parrillas; tenía, sí, pero se las robó un noble *pomak*, que creía apoderarse de un instrumento de música.

—¡Propongo que brindemos por la casa!—dijo Vladimir levantándose con un vaso en la mano—. ¡Viva el hotel de los Extranjeros! Bebamos, señoras y caballeros, por su espíritu hospitalario. ¡Bebamos!

—¡Bebamos!—repitió Rouletabille, que, dispuesto a no asombrarse de nada, esperaba un milagro—. Pero ¿qué hemos de beber? ¡Sólo tenemos agua!...

—¿El señor lo quiere seco o dulce?—preguntóle de pronto La Candeur, inclinándose con sendas botellas en las manos.

—¡Oh! ¡Basta ya de bromas!—exclamó Rouletabille.
—Pruébalo...

Y La Candeur llenó los vasos. Bebieron haciendo chascar la lengua en el paladeo. Aquello no era ciertamente un buen vino de Borgoña, que tal vez les hubiera producido demasiado efecto; pero era un vinillo blanco que se dejaba beber.

—Bueno, ¿dónde habrán robado todo esto?

—¡A la salud de Rouletabille! ¡A la salud de nuestro general!—gritaba La Candeur, que parecía ya un poco achispado—. Dentro de dos o tres días seremos libertados; pero le anuncio que todavía tenemos provisiones para ocho días... ¡Hip, hip, hurra!...

—¡Hip, hip, hurra!...

—Aquí viene la ensalada—anunció Modesto.

—¿La ensalada de geranios?—preguntó Rouletabille.

—¡No, señor! ¡La ensalada de achicoria! He descubierto algunas matas de capuchinos entre las viejas piedras de la plataforma del torreón. Caían melancólicamente sobre la cornisa exterior. Y me he jugado la vida para cogerlos. ¡Piensen, señoras y caballeros, que esos capuchinos podrían estar teñidos con mi sangre! Pero he preferido servirlos con aceite y vinagre... ¿Qué tal?

La opinión unánime fué que la ensalada estaba riquísima, y que no la encontraban así por estar encerrados en el viejo torreón, sino porque lo era.

—Supongo que habrás pensado en los fieles guardianes, ¿eh?—observó Rouletabille.

—¡Claro! Tienen lo que necesitan—contestó Modesto—. Tanto Tudor como el *Katerdjibaschi* están refocilándose a estas horas.

—Bien, bien... Ya me contarán...

—Come y calla, Rouletabille—atajó La Candeur—. ¿No te basta con eso?

—Pero...

—La curiosidad perderá al hombre, de la misma manera que perdió a la mujer—sentenció Vladimir.

—¡Bien pagamos el crimen!—dijo Ivana.

—¡Oh, no hablemos de crímenes!

Rouletabille ya no tenía hambre ni sed... Estaba en pie...

—¡Que sólo nuestra conciencia cargue con la culpa!—dijo La Candeur casi lúgubrememente.

—Pero que nuestros estómagos digieran—añadió Vladimir tendiendo su copa—. ¡No me olvide, camarero!

De pronto Rouletabille se tambaleó, hasta el punto de que hubo de apoyarse en la mesa para no caer. Se le había ocurrido una idea que le hizo doblar las piernas. Apenas podía tenerse.

—¡Miserables!—masculló—. ¡Me habéis dado a comer carne del prisionero!

Formidables carcajadas acogieron la inesperada explicación a una comida de gala.

—¡Ja, ja! ¡Tiene gracia! ¡Biftec de pomak!—decía La Candeur—. Propongo, para perpetuar este minuto inolvidable, que fundemos la institución del biftec de pomak. Si salimos con bien de esta aventura, nos reuniremos al menos una vez al año para comer biftec de pomak. ¡Y escribiremos ocho días antes a la *Karakulé* para que nos manden mercancía bien fresca!

Rouletabille ya reía más a gusto que los demás. Y dirigiéndose a Ivana, que parecía divertirse mucho, la rogó:

—¡Querida Ivana!... Me siento enfermo... ¡Sea más caritativa que los demás! Dígame por qué arte de magia...

—¡Adivínelo—contestó ella—. ¿Por qué no discurrir?
—Vamos a ver—aceptó Rouletabille—. ¿No les quedaba nada de provisiones?

—¡Nada!—proclamaron los interesados.

—¿No han salido de la *Karakulé*?

—No.

—Por lo tanto, esas provisiones estarían en el torreón sin que nosotros lo supiéramos...

—¡Adelante!—exclamó La Candeur.

—Comencemos por arriba—dijo Rouletabille—. En la plataforma, ¡nada!... En el tercer piso, ¡nada!... En el segundo piso... ¡los alemanes!... ¿A que han encontrado allí todo eso?

—Sí—concluyó Vladimir.

Pero Rouletabille dió un descomunal puñetazo en la mesa.

—¡Insensatos!... ¿Y los habéis asesinado?

—No... ¿A santo de qué?

—¿No hablabais de crímenes?

Es un simple delito de robo a mano armada—confesó La Candeur.

Y relataron la expedición contra los inquilinos del segundo. A quien se le ocurrió la idea fué a Vladimir, al oír la noche antes, cuando pasaban por el piso de los alemanes, un tintineo insólito de tenedores.

Desde cuarenta y ocho horas antes no les habían llevado nada que comer, y, a pesar de ello, no solamente no se quejaban, sino que producían ruido de cubiertos. La cosa no era natural. Y Vladimir se convenció de que mientras él y sus compañeros ayunaban, los alemanes no se privaban de nada.

Comunicó su pensamiento a La Candeur, el cual le contestó en seguida «que había que impedir a los alema-

nes que desperdiciasen las provisiones». Por su parte, pasó y volvió a pasar ante la puerta. Y cada vez que oía el choque con un plato o el rumor de una mandíbula en funciones, se ponía enfermo.

Luego de participar el descubrimiento a Modesto, comenzaron a desembarazar el piso de los alemanes. Por consejo de Vladimir, Modesto, que hablaba muy bien el alemán, se plantó ante la puerta como enviado por el cónsul de Kirk-Kilissé, a quien había llegado el rumor de que unos súbditos alemanes habían sido molestados en el Estrandja-Dagh. La puerta estaba entreabierta ya. Y poco después, con ayuda del gigantesco La Candeur y con la amenaza del revólver de Vladimir, toda la familia alemana quedaba atada y amordazada. Las habitaciones fueron saqueadas a conciencia. Había allí cajas enteras de conservas, patatas en un saco, *carn-beef* para varios días, dulces variados y ¡hasta vino! Ciertamente que sabía de una manera algo rara; pero, al fin y al cabo, era verdadero *rudesheimer*.

Al encontrarse con todo aquello, que valía un Potosí, se pusieron los tres amigos a bailar una danza tan desenfrenada, que atrajo a Ivana.

—Sobre todo—pidió—no digan nada a Rouletabille.

Y concibió la idea de darle una sorpresa. Además, se encargó de preparar subrepticamente el cubierto.

Rouletabille le besó la punta de los dedos, de aquellos dedos que antes había visto enrojecidos y que ahora le eran ofrecidos por ella limpios de la sangre de Gaulow. ¡Bah! ¡Era la guerra! ¡Vida y muerte! ¡Matar y abrazarse! ¡Pisotear cadáveres y beber un buen vaso de vino!

—Los postres...

—¡No has echado todo el bizcocho!—dijo La Candeur a Rouletabille.

Modesto, en efecto, traía el bizcocho de marras. Y ya le hincaban el diente los jóvenes, cuando una formidable explosión conmovió de nuevo todo el torreón.

—¡Ya tenemos fuegos artificiales para terminar la fiesta!— exclamó Rouletabille—. ¡Cada uno a su puesto!...

Empuñaron las carabinas y se dirigieron al lugar señalado para en caso de peligro. Rouletabille, ya en la plataforma del torreón, miraba, entre dos almenas, al foso. Subía acre y densa humareda. Al disiparse pudo darse cuenta, por algunos desgastes cercanos a la poterna, de que se trataba de una mina. Pero había sido dispuesta tan mal, quizá por la prisa, que había producido más ruido que daño.

Habían volado trozos de roca y de piedras, pero sólo en ínfima parte, de los enormes fundamentos del torreón. En cuanto a la poterna, continuaba intacta. Además—con probable sorpresa para quien planeó la mina—habían saltado dos maderos del puente provisional a causa del desplazamiento de aire en el foso, de manera que casi no quedaba nada de una obra seguramente muy estimada por los sitiadores.

Sin embargo, el incidente dejó muy preocupado a Rouletabille. Lo que principalmente atraía a los atacantes era la poterna. Si saltaba a consecuencia de otra mina, la situación de los sitiados sería difícil, si no desesperada. Tendrían que defenderse de piso en piso. Y sobre todo de noche, con un tiempo de lluvia y de tinieblas, era muy difícil, por no decir imposible, impedir que el enemigo hiciese cuanto le viniera en gana alrededor del torreón, ya que la pequeña guarnición ni le veía ni podía, por la escasez de municiones, disparar al azar una lluvia de balas en torno al susodicho torreón.

Rouletabille, luego de pensar unos momentos en el

nuevo peligro, mandó que bajaran al cuerpo de guardia todo el combustible restante del que el día anterior fuera subido a la plataforma. Los sitiados emplearon el resto de la tarde derribando con los picos de las tiendas de campaña, que les servían de palanca, parte de la escalera que llevaba al primer piso y a horadar el suelo de éste y la bóveda, de manera que desde arriba se pudiera, si fuese necesario, fusilar fácilmente a quienes se encontraran abajo.

Cuando hubo en la escalera una solución de continuidad bastante para asegurar la retirada, pusieron sobre aquel vacío dos tablas arrancadas a una puerta del tercer piso, para permitir de momento que los huéspedes del torreón pudieran comunicarse entre sí.

Al hacerse de noche, Rouletabille hizo encender en el cuerpo de guardia, y cerca de la poterna, una hoguera cuyas brasas fueron conservadas cuidadosamente, y cuyo resplandor, pasando por debajo de la poterna, que, como hemos dicho, no se ajustaba en su parte inferior con el gastado pavimento, iluminaba al exterior las proximidades de dicha poterna, y al menos la parte del foso cercana al umbral. Rouletabille, desde lo alto del torreón, se percató de que, mirando por los agujeros de los modillones, podría vigilar aquel sector de la defensa, que le tenía en un jay!

Lo malo era que no quedaba combustible más que para una noche, y que no disponían de ninguna otra clase de iluminación. Quedaba, ciertamente, un bidón de petróleo; pero el repórter tenía en mucho aquella reserva para guardarla hasta última hora.

Los comienzos de aquella noche, que era la del 18 al 19 de octubre, transcurrieron con desconcertante tranquilidad.

En el castillo no se oía rumor alguno, ni los pasos de un soldado, ni la voz de un centinela.

Semejante silencio daba mala espina a Rouletabille, que ordenó a todos que permanecieran en vela. Sin duda, el enemigo quería dar a los sitiados una sensación de paz para sorprenderlos en el sueño o al menos amodorrados.

Ello era tanto más probable cuanto Rouletabille, por la tarde, mientras vigilaba los trabajos del torreón, había oído trabajar en el deslunado, al abrigo de la «camisa». ¿Para qué? Eso era lo imposible de adivinar. Pero los martillazos no habían cesado hasta el crepúsculo. ¿Qué máquina de guerra fabricaban para acabar con aquella poterna ante la cual habían perdido tanta gente?

Y en eso pensaba Rouletabille desde lo alto del torreón, mientras miraba el resplandor que, en la noche opaca, sólo le revelaba una pequeñísima parte del misterio de las tinieblas.

Por raro caso no llovía. Luego acabó el cielo por quedar limpio de nubes. Y, hacia media noche, surgió la luna.

Pasaron otras dos horas de calma absoluta... Rouletabille, para que no le dominara el sueño, paseó un poco por la terraza. Cerca de él, en la garita, roncaba Tondor, confiando en Rouletabille.

El repórter contempló largamente los montes lejanos de la frontera, cuyas cumbres se destacaban azules en la claridad lunar. ¿Vendría de allí el socorro? Pero ¿cuándo? Atanasio ya habría cumplido su misión. ¿Estaría ya de vuelta? ¿Volvería solo o con el ejército del general Stanislawof? ¿Se había declarado ya la guerra? Aquellas preguntas, de las cuales dependía la salvación de todos, no podían ser contestadas por nadie de la *Karakulé*.

Había preguntado a Ivana su opinión acerca de lo que esperaba, si esperaba todavía. Ella le contestó que se confiaba al destino y a él, a Rouletabille. Y en las mismas manos se ponían los demás. Los más inquietos, como La Candeur, acababan por demostrar confianza al verle tan seguro del éxito final. Pero, realmente, no tenía ninguna seguridad. El torreón, ciertamente, podía resistir ocho días; pero también podía ser tomado en dos horas. ¡Cualquiera sabía! ¿Acaso estaban enterados de lo que se tramaba contra ellos en el fondo de aquellas silenciosas tinieblas?...

De pronto Rouletabille aguzó el oído. Oía pasos en el deslunado. Llegaron hasta él voces apagadas. Y le pareció que la noche se llenaba poco a poco de un inmenso rumoreo.

Despertó a Tondor y le encargó que fuera a buscar a La Candeur, Vladimir y Modesto. Los primeros llegaron muy apuestos y parlanchines. Por lo visto, habían pasado la noche recreándose con manjares cuya existencia habían ocultado a Rouletabille y tomados a los alemanes, quienes, por cierto, fueron desatados por la tarde y vueltos a encerrar en su casa con lo necesario para no morir de hambre. Huelga decir que estas operaciones fueron acompañadas de injurias tudescas y amenazas de declaración de guerra. Los de Hamburgo no estaban contentos. ¡Y tenían motivos para no estarlo!

—¡Sobre todo, no hagan ruido!—murmuró Rouletabille a los dos periodistas, mientras sacudía a Modesto, sustituto de Tondor en la garita, y que ya había empezado a roncar—. ¿Están a punto los cargadores?... ¡Me parece que vamos a presenciar algo extraordinario!... Pero no sé lo que nos han preparado.

Mientras tanto, acababa de llevar cerca de las alme-

nas y del reducto de piedra las municiones acumuladas en la tarima.

—Como, seguramente, atacarán la poterna, en ninguna parte estaremos mejor que aquí para ver y tirar.

—Estamos en la primera fita de butacas—comentó La Candeur, a quien la pitanza de aquel día memorable había dejado como nuevo.

—¡Qué luna!—exclamó Vladimir.

—¡Silencio!—ordenó Rouletabille—. Les oigo.

—Pues yo no oigo nada—afirmó La Candeur.

—¡No oyes porque hablas! ¡Cállate!

—¡Bueno! Callaré.

—¡Está borracho!—dijo Vladimir—. No hay que hacerle caso.

Rouletabille, volviéndose furioso hacia ellos, les dijo:

—Para despejarse un poco, miren hacia allá... ¿Qué avanza hacia la poterna?...

—¡Dios mío!—dijo La Candeur—. ¡Qué miedo!

—¡Qué miedo!—repitió Vladimir.

Y, cada vez más intranquilos, asomaron el cuello entre las almenas para ver mejor aquello, de forma desconocida y extraordinaria, que se deslizaba avanzando más allá de la puerta del camino de ronda, y que avanzaba a pasos cortos, como un animal monstruoso... ¡Y aquel animal tenía mil patas!... Parecía una gigantesca oruga, de unos cinco pies de altura y dorso peludo.

La luna iluminaba al monstruo, que continuaba avanzando con paso regular. De pronto, Rouletabille gritó:

—¡El gato!...

Era, en efecto, un gato, el gato de guerra antañón, que los guerreros de otras edades fabricaban, con el propósito de acercarse a los muros del torreón sin necesidad de temer a los sitiados.

Pero ¿de qué estaba hecho aquel techo que llevaban encima como un inmenso escudo? ¿Lo estaría a prueba de balas?

Los jóvenes descargaron sus carabinas sobre el terrible animal, que, sin embargo, continuó avanzando como si no hubiera sido tocado. ¡A pesar de todo, aquel carapacho parecía ser de madera! Pero Rouletabille no tardó en darse cuenta de que estaba completamente cubierto de paja y de forraje espesos, en el cual entraban las balas, pero perdían en seguida su fuerza de penetración.

—¡A las patas!... ¡Tiren a las patas!—gritaba Rouletabille.

A lo largo del gato, efectivamente, asomaban las patas, que eran las piernas de quienes llevaban el singular ingenio de guerra. Y en cuanto las alcanzaron los primeros tiros, se encogieron y desaparecieron.

El largo animal peludo llegaba ya al foso y comenzaba a pisar los tres tablones que llevaban a la poterna.

Y allí abajo, los soldados de la *Karakulé* tendrían tranquilidad para manejar el ariete, que acabaría por echar abajo la poterna.

Rouletabille, viendo que iba perdiendo los preciados proyectiles, detuvo el fuego y gritó a La Candeur, a Vladimir y a Modesto que le siguieran.

Bajaron, pero pronto volvieron con toda la paja que habían podido encontrar en el torreón, sobre todo en jergones de las camas.

Rouletabille la roció con petróleo cuando ya sonaban los primeros golpes contra la puerta y los sitiadores manejaban el ariete, lanzando gritos salvajes.

Al momento fueron arrojados hacia abajo los jergones, que cayeron sobre la espalda del monstruo, que comenzó a incendiarse. Al ver aquello, Rouletabille echó por

un agujero de modillón el resto del bidón de petróleo, que fué *illico* a aumentar el incendio.

Al principio, los atacantes, bajo su caparazón, no se dieron cuenta de nada; pero pronto les alcanzaron las llamas, y tuvieron que huir desordenadamente para no ser carbonizados. Abandonaron, pues, el apocalíptico animal, que acabó lentamente de consumirse, produciendo gran iluminación y haciendo surgir de las tinieblas, por unos momentos, las altas murallas de la *Karakulé*, que parecía entonces un castillo infernal.

Al ver la desbandada de los adversarios, los sitiados volvieron a coger la carabina, con las cuales les acompañaron en su huída, causando aún varias decenas de muertes. El furor del enemigo se manifestó entonces desde lo alto de todas las cortinas por una descarga general que tomó el torreón como blanco, pero que no consiguió herir más que piedras.

Los clamores de los atacantes heridos se mezclaban a aquel fragor, sobre todo lo cual se sobrepuso la alegría desbordante de Vladimir, que bailaba una extravagante zarabanda en la plataforma, mientras las balas silbaban a su alrededor luego de dar inútilmente en el parapeto, que tan hábilmente había mandado edificar Rouletabille.

—Les aseguro—decía éste—que a no ser que traigan cañones no podré con nosotros!

En esto apareció Ivana.

—¿Dónde estaba?—le preguntó Rouletabille—. ¡Esta vez hemos vencido sin usted!

—He ido a darle comida al prisionero—contestó tranquilamente, dando una mirada al campo de batalla.

—¿Qué prisionero?—preguntó el repórter, estupefacto.

—¡Gaulow! ¿Qué prisionero iba a ser?...

—¿Que todavía vive?...

—Sí—dijo ella con espantosa sonrisa—. Le cuidó yo.
—¡Ah! Creía que había muerto—dijo Rouletabille llamándola aparte.

—¿Y por qué creía eso?

—¡Ivana!... Aquella sangre que le llenaba las uñas... ¿De qué era?

—¡Quizá se lo diga algún día!

—¡Oh! ¿Le ha torturado sin matarlo?

—Gaulow se encuentra muy bien de salud, amigo mío. No hay que olvidar que podemos necesitarle en último extremo y que su vida puede salvarnos la nuestra.

—¡Bien, Ivana, bien!... ¡Veó que se ha puesto en razón! ¡Así me gusta!...

—Lamento mucho no gustarle de otra manera—replicó. Y se fué.

—¿Qué le pasará?... ¿Qué le pasará?—se preguntaba el repórter, al verla desaparecer por el hueco de la garita.

Surgió la aurora del 20 de octubre. Y los jóvenes sitiados tuvieron la alegría de comprobar que el incendio no solamente había destruído el «gato», sino también el puentecillo provisional tendido sobre el foso.

Sin embargo, aquella jornada que tan bien había comenzado, terminó de una manera muy lúgubre.

Pensaban que si Atanasio había salido en bien, como era de esperar, no tardarían en atisbar, ya que no un ejército, si una columna de socorro. Todo el día se lo pasaron mirando el horizonte.

La guarnición de la *Karakulé*, luego del fracaso de la noche anterior, les dejaba en paz. Y como estaba suficientemente demostrado que no se podía dar a los que estaban en la plataforma, los soldados que se encontraban en la torre del vigía habían dejado de disparar.

Rouletabille y sus compañeros andaban, pues, por la plataforma como Pedro por su casa. Desde allí procuraban distinguir en la lejanía de los campos las tropas que venían a libertarlos.

Los prismáticos de Rouletabille pasaban de mano en mano. Y cuando en los desfiladeros del Norte aparecía algún grupo algo numeroso, la esperanza hacía latir todos los corazones. Pero el grupo no era seguido por más gente. Y cuando podía ser distinguido en detalle, se le notaba constituido por campesinos o por pastores con sus rebaños.

Pero los prismáticos no solamente interrogaban los caminos del Norte, si pueden llamarse caminos a las pistas que las recientes lluvias habían puesto más impracticables.

El auxilio podía venir también del Nordeste y hasta del Oeste, en el caso de que el ejército hubiera comenzado a franquear la frontera el día anterior por Develli Agatch.

Según los cálculos de Rouletabille y lo que conocía de la movilización búlgara, por allí entrarían las brigadas de la cuarta división... Y por la tarde, cuando Vladimir, cansado de mirar al Norte, se había vuelto hacia el Oeste, su atención fué atraída por un punto negro que bajaba entre peñas y que parecía moverse con tanta dificultad. Rogó a Rouletabille que le prestara los prismáticos.

Vladimir permaneció varios instantes sin decir nada y sin moverse; pero su fisonomía, a medida que se fijaba en el punto dicho, parecía ponerse radiante. Y sus camaradas lo advirtieron.

—Pero ¿quieres decirnos qué es eso?—preguntó La Candeur.

Vladimir no contestó al principio; pero puso una cara de mayor satisfacción.

—Nos estás matando—gimió La Candeur.

—Así resucitarás mejor—replicó el otro—. ¡Estamos salvados!... No cabe duda. Por el desfiladero desemboca la cabeza del ejército que baja a los dominios de Gaulow.

—¿Es caballería?—preguntó Rouletabille.

—No; los búlgaros tienen poca caballería... ¡Es artillería! Veo los cañones...

Rouletabille le arrancó los prismáticos.

—¡A ver! ¡A ver!...—Y miró.

Los otros estaban a su alrededor tan emocionados, que no podían articular palabra. Pero cuando Rouletabille acabó de mirar, no se atrevieron a preguntarle nada, porque tenía un rostro descompuesto.

—¿No son?—se atrevió a suspirar La Candeur.

—Serán ellos, pero no traen cañones—contestó con desconsuelo el redactor de *L'Epoque*—. Vladimir no ha visto bien... ¡Sólo llevan un cañón! Y me parece que no es de la artillería búlgara.

—¡Oh! ¿Qué te inclina a creer eso?

—Que no hay ejemplo de un ejército que se presente en país enemigo con un solo cañón. Además, parece que ese cañón va rodeado de una tropa poco... ortodoxa... Y si he de ser franco, les diré que, a mi parecer, pertenece a los pomaks o a los turcos, que han ido a buscarlo a cualquier puesto avanzado, y quizá a Kirk-Kilissé mismo, para reducirnos, para derribar el torreón... Entramos en un período de gravedad, porque contra el cañón no podemos nada...

—¡Pobres de nosotros!—gimió La Candeur. Y desapareció en el fondo de la garita.

—¿Cuántas balas nos quedan?

—Unos trescientos tiros—contestó Vladimir.

—¡Trescientos tiros y *Gaulow!*... Aún podemos resistir varias horas—dijo Ivana, que había asistido en silencio a la desesperada conversación—. Y si resistimos hasta mañana a mediodía, daremos tiempo a que lleguen nuestros amigos.

—Sí que creo posible resistir hasta mañana a mediodía—contestó Rouletabille—. Ya se hace de noche. El cañón no llegará antes del amanecer... Nos cañonearán en seguida. Volará la puerta... El paso del foso y el asalto serán rápidos, ya que tendrán enfrente la puerta abierta. A las ocho de la mañana, pues, se habrán apoderado del cuerpo de guardia.

—¿Y qué?... ¡En el cuerpo de guardia no estarán como en lecho de rosas!—observó Vladimir—. Los fusilaremos a quema ropa por los agujeros del techo.

—Durante diez minutos... Pero luego volarán el techo. ¡Tienen pólvora!

—¡Señor mío!... ¡Jesús!...—repetía La Candeur—. ¡A las ocho y diez minutos ya volarán el techo!... ¿Cómo vamos a resistir hasta las doce?... Además, ¿quién nos garantiza que los otros lleguen precisamente a mediodía?

—Tienes razón sobrada, La Candeur—replicó Rouletabille—. Nadie nos lo garantiza... Y es cosa tan segura, que yo, en tu caso, por no pasar tragos tan amargos, me suicidaría al momento...

—No está el horno para bollos—gruñó La Candeur.

—Yo creo—declaró Ivana—que no es hora de llorar ni de reír, sino de preparar la defensa de piso en piso, de puerta en puerta, palmo a palmo... Así es que tomen las últimas disposiciones mientras voy a ocuparme del prisionero. ¿Dónde le meteremos?

Decididamente, sólo pensaba en Gaulow.

—¡Llévelo al tercer piso del torreón!—dijo Rouletabille—. Ese será nuestro último refugio antes de la plataforma. Y cuando lleguemos allí, llegará también la hora de ganar una o dos horas, tratando a base de él.

—Sea como fuese el tratado, una vez que lo hayamos devuelto ¡nos achicharrarán!—observó La Candeur, que todo lo veía negro.

—Por eso lo devolveremos cuando no podamos hacer otra cosa—explicó Vladimir.

—Se me ocurre una idea—exclamó de pronto La Candeur—. Cuando nos asedien en nuestro último refugio, colocaremos a Gaulow en medio de la escalera, atado a un poste, como un blanco... Como un blanco para ellos, ¡pero para nosotros como un escudo! No podrán tirar sobre nosotros, sin exponerse a matarlo... ¿Qué tal la idea?

—No está mal—contestó Vladimir.

—¿Qué le parece, Ivana?—preguntó Rouletabille volviéndose hacia la joven.

Pero quedó asombrado al verla muy pálida, casi temblorosa, agitada al menos por movimientos nerviosos, que apenas podía dominar. Se encogió de hombros, sin contestar, y bajó.

Varios minutos después, Tondor y el *katerdjibaschi*, vigilados por Ivana, subieron a Gaulow hasta un cuarto del tercer piso, al lado del cuarto de Ivana. Allí fué nuevamente atado de pies y manos. Y se convino que tendría siempre un guardián, como en el calabozo. Acerca de esto dijo Ivana a Rouletabille:

—¡Tome toda clase de disposiciones para guardar a Gaulow! Pero, ¡créame!, aleje de él al *katerdjibaschi*... Aunque por ser pomak deteste a los turcos, amará el di-